

# CORREOS Y TELÉGRAFOS

## ARQUITECTURA POSTAL



# CORREOS Y TELÉGRAFOS

## ARQUITECTURA POSTAL

TEXTO

*Pedro Navascués Palacio*

FOTOGRAFÍAS

*Domingo Mora*



© 1997 Correos y Telégrafos  
© de las fotografías y los textos: los autores

Creación, Diseño y Realización LUNWERG EDITORES, S.A.  
Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial sin la debida autorización.

NIPO: 168-97-008-4  
I.S.B.N.: 84-7782-448-7  
Depósito Legal: B-44063-1997

LUNWERG EDITORES, S.A.  
Beethoven 12 - 08021 BARCELONA. Tel. (93) 201 59 33. Fax. (93) 201 15 87  
Sagasta, 27 - 28010 MADRID. Tel. (91) 593 00 58. Fax. (91) 593 00 70  
Impreso en España.



# ÍNDICE

Presentación	
por <i>José Ramón Esteruelas Hernández</i>	.11
Introducción	.13
MADRID	.23
A CORUÑA	.28
VIGO	.30
ZARAGOZA	.34
VALENCIA	.38
MÁLAGA	.41
ÁVILA	.44
CIUDAD RODRIGO	.48
SEVILLA	.54
LOGROÑO	.58
GRANADA	.60
GIRONA	.64
SAN SEBASTIÁN - DONOSTIA	.68
ZAFRA	.70
CIUDAD REAL	.72
SANTA CRUZ DE TENERIFE	.76
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA	.78
TERUEL	.80
CÓRDOBA	.84
FERROL	.86
PONTEVEDRA	.89
GIJÓN	.92
PAMPLONA	.94
SEVILLA. (CIDEP)	.96
SANTIAGO DE COMPOSTELA	.100
PALMA DE MALLORCA	.102
HERMIGUA (GOMERA)	.106
TOLEDO	.108
BARCELONA	.110
CÁDIZ	.116
PIEDRAHITA	.120
MADRID. CHAMARTÍN	.122
PALENCIA	.124
VITORIA - GASTEIZ	.128
MADRID. ESCUELA DE CORREOS Y TELÉGRAFOS	.132
LEÓN	.134
OSORNO (PALENCIA)	.138
SEGOVIA	.140
SANTANDER	.144
SANTA ÚRSULA (TENERIFE)	.146
English Translations	.149
Bibliografía	.171



## PRESENTACIÓN

*José Ramón Esteruelas Hernández\**

Con demasiada frecuencia se consideran las cuestiones estéticas como meros aspectos circunstanciales sin excesiva importancia. Sin embargo, los aspectos estéticos y simbólicos definen con precisión la esencia de grandes organizaciones. Es el caso de los edificios que conforman el patrimonio histórico de Correos y Telégrafos, en donde se refleja la importancia que tuvieron -y siguen teniendo- las comunicaciones en España, las vicisitudes y cambios producidos; así como los diferentes gustos estéticos que se han desarrollado en nuestro país, en donde los edificios de Correos han significado uno de los símbolos de la modernidad de las diferentes etapas de la historia contemporánea de España. Del rico acervo de Correos y Telégrafos sobresale su patrimonio arquitectónico. Sin olvidar las torres de telegrafía óptica (hay todavía diseminadas por gran parte de la geografía española), así como los restos de las Casas de Postas, destacan sobre todo los grandes y, a veces, pequeños edificios de las ciudades y pueblos dedicados al Correo y al Telégrafo en nuestro país.

A pesar de su variedad tipológica, estilística y de las diferentes épocas en que fueron construidas, las casas de correos poseen connotaciones comunes. La mayor parte de las casas de correos están situadas en lugares destacados dentro de las principales poblaciones. Esta característica se acentuará durante las últimas décadas del siglo XIX, cuando el nuevo Estado liberal impulse la creación de grandes edificios de Correos y Telégrafos.

Su monumentalidad pretendía ser testimonio de la eficacia de unos servicios esenciales, tanto para el funcionamiento del Estado como para el resto de la sociedad. El servicio de Correos y Telégrafos va siempre aparejado a la idea de progreso y modernidad, puesto que el avance de las comunicaciones es uno de los logros más destacados de la edad contemporánea; un aspecto que sigue teniendo vigencia aún hoy con la explosión de la "nueva revolución de las comunicaciones".

Las características arquitectónicas y la fastuosidad de los edificios, que llevaron a que fueran denominados incluso, como palacios en algunos casos, no han estado reñidas con su funcionalidad. En efecto, desde las grandes entradas aptas para el paso de carruajes (la incorporación para el acceso de camiones, e incluso trenes hasta las torres, especialmente diseñadas para recibir una ingente red de cables), el exterior de los edificios ha mostrado esa dualidad estético-funcional que singulariza la arquitectura postal y telegráfica.

El interior de estos edificios alberga una serie de ámbitos imprescindibles a la hora de hacer funcionar el gran sistema comunicativo que supone el correo y el telégrafo: las salas centrales de clasificación de la correspondencia o salas de batalla, los muelles de carga, las salas de aparatos de los telegrafistas, las carterías, buzones, urgencia, giros, administración central; así como un sinfín de departamentos dedicados a los variados servicios postales y telegráficos.

Además de estos espacios, a los que dan vida los empleados de correos y telégrafos, existen otros en los que el protagonismo pertenece al público, último destinatario de nuestro servicio. Estos espacios, verdaderos ámbitos de sociabilidad, van desde la fachada, protegida a veces por un pórtico o un gran alero donde están ubicados los buzones, hasta los característicos grandes salones centrales o halls, en los que se suceden las ventanillas de los diferentes edificios.

La necesidad de conservar la memoria histórica pasa por recordar estos aspectos estéticos, en lugares que siguen manteniendo la función para la que fueron construidos: prestar un servicio esencial para los ciudadanos.

\*Director general de Correos y Telégrafos



## INTRODUCCIÓN

La historia de Correos en España puede hacerse desde distintos ángulos y así, de acuerdo con una visión clásica, es común referirse a aquella atendiendo al modo de explotación y administración de sus servicios. De este modo y cronológicamente, veríamos primero lo que fue el correo real durante la Edad Media, luego el arrendamiento del servicio de correos a particulares en la Edad Moderna, bajo los Austrias y, finalmente, la administración del correo por el Estado, tal y como ocurrió desde 1720, bajo los Borbones, hasta nuestros días. Sin embargo, en lo que concierne al escenario arquitectónico en que se desenvuelve Correos, cabe establecer una particular división que, en dos etapas muy distintas, permitirían distinguir entre aquella primera en la que dichos servicios estuvieron instalados, en el mejor de los casos, en edificios ajenos o no apropiados a su destino, hasta que a partir de 1900, se perfila una segunda época muy diferente, caracterizada por el empeño en levantar edificios adecuados a las funciones específicas que debían cumplir.

Este último episodio es el que queremos reflejar en estas páginas, estableciendo un primer balance, que no inventario ni catálogo, con el ánimo de recuperar la memoria de una apasionante idea, la de construir Casas-Correos para las principales poblaciones españolas. Esto se hizo de acuerdo con un plan estratégico que, en poco tiempo y con recursos muy limitados, dotó de un servicio básico a la sociedad española del siglo XX en el digno marco de una arquitectura que asumió papeles que iban más allá de su simple necesidad constructiva.

En efecto, después de una larga etapa de mensajeros, mandaderos reales y particulares, de *troters*, como los ochenta que tenía el rey de Aragón don Pedro el Ceremonioso para la correspondencia real; de arrieros con misión postal, como aquellos quince de la Universidad de Salamanca que, gozando de su fuero, servían de enlace entre los estudiantes y sus familiares; después de ver los importantes cargos relacionados con la correspondencia, como el de Correo Mayor en la corte de los Reyes Católicos, etc., observamos que la arquitectura estuvo ausente de todo este servicio, pues todo se personalizaba en los individuos, para quienes ya las Partidas exigían que debían “ser leales é entendidos, é sin codicia”.

Durante la etapa en el que se arrendó el correo a particulares, como se hizo desde el siglo XVI en favor de Francisco Taxis, quien en 1500 implantó entre nosotros el sistema y organización que él mismo explotaba en Alemania, hasta el último beneficiario de este monopolio, que fue Juan Francisco Goyeneche (1717), tampoco puede hablarse con propiedad de un edificio que se identifique de modo específico con el servicio de correos. Sólo en el tercer período, esto es, a partir del Reglamento de 1720 y de las Ordenanzas de Correos de 1743, se ve la necesidad de contar con unas instalaciones propias, aunque durante mucho tiempo serán en edificios anteriores o prestados, como sucedió en la ciudad de Toledo, donde el Correo Real se instaló en la época de Carlos III en la antigua Fábrica de la Moneda, la cual, a su vez, ocupaba un bellissimo palacio señorial toledano de hacia 1500.

La excepción fue la Casa de Correos de Madrid, ciudad en la que ya Campomanes había ido introduciendo algunas mejoras, como el nombramiento, en 1756, de doce carteros para el servicio local. Pero más importantes resultaban otras decisiones tomadas en aquella misma fecha, como el encargo de la que sería primera Casa de Correos de España, al arquitecto Ventura Rodríguez. Este estuvo trabajando en un proyecto que situaba en la Puerta de Sol un edificio monumental, sin olvidar el estudio en detalle de la distribución de cada una de sus dependencias y despachos. Sin embargo, habiendo muerto Fernando VI y reinando Carlos III, fue sustituido don Ventura en este empeño por el arquitecto Jaques Marquet, a quien se debe el bello edificio actual, tan francés en su hechura como lo era su autor.

Lo notable de todo ello es que en esta Casa de Correos de Madrid, de algún modo se fijan tres de las metas que persiguieron las Casas-Correo de la primera mitad del siglo XX, a saber, una situación urbana privilegiada, la concepción monumental del edificio y el carácter emblemático de su arquitectura. En este sentido puede establecerse fácilmente una coherente relación entre la Casa de Correos de la madrileña Puerta del Sol y el Palacio de Comunicaciones en la plaza de Cibeles, pues éste también



Madrid

disfruta de una posición céntrica, responde en su arquitectura a una escala monumental —no en vano se llama *palacio* en lugar de *casa*— y su semblante encarna, igualmente, una imagen emblemática de la ciudad. Es decir, lo que se percibe en primer lugar son estos tres elementos comunes y, sólo en un segundo grado, se distinguen las diferencias relativas, esto es, las cronológicas, estéticas, funcionales, materiales, etcétera. En otras palabras, por encima del espacio y del tiempo, hubo en uno y otro caso una misma voluntad: hacer del edificio de Correos una obra singular que entrara a rivalizar en la historia con la tradicional arquitectura religiosa y civil de carácter monumental.

Este interés por iniciar, a comienzos del siglo XX, una política de construcción de edificios de Correos, nos obliga inevitablemente a subrayar la importancia que tuvo el mencionado Palacio de Comunicaciones de Madrid, como buque insignia de una importantísima operación a escala nacional, puesto que su proyecto y construcción es anterior al punto de partida de aquella fiebre constructora que fue el nombramiento, en 1908, de Emilio Ortuño y Berte como Director General de Correos, según se verá más adelante.

Baste ahora recordar, abreviadamente, que tras unos tanteos y encargos de una Casa Central de Correos al arquitecto Lorenzo Álvarez Capra (1881); que después de un concurso fallado en 1900 a favor de los arquitectos Joaquín Saldaña y Jesús Carrasco, para un edificio destinado a Dirección General de Correos; y que tras un segundo concurso convocado el 20 de agosto de 1904, al que se presentaron varios proyectos, se otorgó el premio al firmado por Antonio Palacios y Joaquín Otamendi. Este resultado se hizo oficial el 23 de enero de 1905, asumiendo desde el Ministerio de Gobernación el pronunciamiento hecho en su favor por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Esta Corporación había valorado muy positivamente el proyecto de los entonces jóvenes Palacios y Otamendi, al que calificaban de “producto de una creación genial”, rechazando otros como los firmados por el arquitecto López Blanco y el ingeniero Montesinos, pero sobre todo el de Saldaña y Carrasco que, habiéndose presentado de nuevo, habían “pospuesto los servicios del público, a quien la construcción debe consagrarse, al establecimiento de una Dirección General con pretensiones de futuro Ministerio”. En honor a la verdad, lo mismo cabría decir del proyecto de Palacios a juzgar por lo que hoy podemos ver. Las obras se iniciarían en 1907, es decir, un año antes de la llegada de Ortuño a la Dirección General de Correos, y su inauguración oficial, en 1919, con la presencia del rey Alfonso XIII, supuso un verdadero acontecimiento político-cultural, pues significaba mucho para el país, para la ciudad, para el servicio de Correos y Telégrafos, para la arquitectura, para sus autores, para los políticos, en fin, una pieza fundamental para vertebrar un pasado y aquel presente, desde muchos ángulos.

Desde el punto de vista arquitectónico, este edificio, que reclama urgentemente para sí un estudio monográfico del que todavía carece, se convertiría en pieza de contraste para todos los futuros Palacios de Comunicaciones y nuevas Casas de Correos y Telégrafos en nuestro país, tanto para tomar de su concepción, no de su formas, elementos parciales, como para aprender de aquella lección dada por Palacios y Otamendi lo que significa carácter en la arquitectura, expresividad constructiva, y el papel jugado por el ornato en una obra de estas características. Por vez primera un edificio de Correos y Telégrafos español podía mirar sin complejo a los que durante el siglo XIX y primeros años del XX se habían levantado en otras capitales europeas y americanas, desde Roma, Bruselas y Londres hasta Washington, Lima y Río de Janeiro. Nada se diga de la rompedora modernidad de su interior, donde no dudó en atravesar el espacio en determinadas alturas, con atajos volados sobre férreas pasarelas, que le otorgan un aspecto mecanicista de cierto brutalismo expresionista y fabril. En este sentido ningún otro edificio de Correos posterior alcanza el tono épico de esta obra de Palacios y Otamendi.

### HISTORIA BREVE DE UNA IDEA: LAS CASAS-CORREO

Como se ha señalado anteriormente, la serie de Casas-Correos que surgen en muy pocos años en las ciudades españolas no fue de modo espontáneo o debida a la iniciativa municipal de unos Ayuntamientos, sino que formaba parte del proyecto político del partido conservador al que se había afiliado el ingeniero Emilio Ortuño y Berte (1862-1936). Este fue, sin duda alguna, el hombre que revolucionó el mundo de las comunicaciones en nuestro país, del que los edificios son tan sólo una pequeña parte. Ortuño había hecho la carrera en la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid, vinculándose luego a la enseñanza en la propia Escuela como catedrático. En el 98 representó a España en el II Congreso Internacional de Navegación, pero pronto se sintió atraído por la política siendo elegido diputado por la provincia de Ávila. El 1907 ocupaba el cargo de subsecretario de la presidencia con Antonio Maura, y al año siguiente se le encargaba la Dirección General de Correos y Telégrafos.



Aunque luego, en 1920 llegó a ser Ministro de Fomento, con Allendesalazar y Dato, la herencia más notable de su paso por la Administración fueron las mejoras y novedades introducidas en el servicio de Correos y Telégrafos, donde además del político aflora su condición de ingeniero civil, de aquellos ingenieros formados en la modesta Escuela de la calle del Turco pero que contribuyeron a la modernización del país, bien construyendo audaces y bellos puentes como hizo su compañero y riguroso coetáneo José Eugenio Ribera, bien impulsando las comunicaciones como ahora comentamos en relación con Ortuño. Entre aquellas mejoras se pueden recordar algunas tan significativas como los buzones tranviarios en las grandes ciudades, o el wagón-correo en todos los trenes, en el que todavía recordamos muchos haber echado la carta en el último instante, antes de partir el “correo” o tren nocturno por antonomasia. Ortuño llevó igualmente el teléfono a las casillas de peones camineros, a fin de romper el absoluto aislamiento de muchos rincones de España. Creó la Caja Postal de Ahorros y el Montepío de carteros, reformó la enseñanza de la Escuela de Telégrafos, dándole una orientación más rigurosa y científica, abrió dieciséis estafetas en Madrid y diez en Barcelona para descongestionar sus respectivas Centrales, puso en marcha por vez primera el servicio de paquetes postales y, en fin, decidió construir cincuenta y cinco nuevas Casas de Correos y Telégrafos en todas las capitales de provincia y otras ciudades mayores.

Como puede verse, y lo mencionado no es sino un botón de muestra, se trataba de una operación de gran envergadura y alcance socio-político, pues, solamente el proceso de construcción de aquel medio centenar de edificios nuevos, produce respeto y admiración por el procedimiento arbitrado, en el que estuvo, a nuestro juicio, la clave del éxito alcanzado. Cronológicamente, sus episodios más significativos entre 1908 y 1915 fueron los siguientes. En primer lugar se debe citar la Real Orden de 30 de diciembre de 1908, por la cual se constituyeron las primeras Juntas provinciales y locales para “preparar todos los trabajos necesarios para la proyectada construcción de edificios destinados a los servicios de Correos y Telégrafos en las capitales de provincias y poblaciones importantes”. Era entonces ministro de la Gobernación Juan de la Cierva, que lo fue entre 1907 y 1909, y en siete puntos resumía la composición y cometidos de aquellas Juntas, fijando plazos para su actuación. De ellos resultaba, sustancialmente, que en cada provincia se constituiría una Junta compuesta por el gobernador civil —que actuaría de presidente de la misma—, los jefes de los servicios de Correos y Telégrafos, el alcalde de la capital correspondiente, el presidente de la Cámara de Comercio y el arquitecto provincial. Cuando no hubiere en la localidad Cámara de Comercio se propondría al presidente de la Cámara Agrícola, y si faltare el arquitecto provincial actuaría el municipal, como en Las Palmas o Mahón, por ejemplo. Estas Juntas, en el plazo de dos meses, debían hacer un estudio de los solares que podrían utilizarse para los nuevos edificios o bien de aquellos edificios que eran aprovechables tras unas mejoras. El resultado de este primer sondeo fue que la mayor parte de los solares deseables pertenecían a particulares, lo cual exigía la compra previa. En aquel momento, a su vez, se estaban haciendo los cálculos presupuestarios de esta operación, necesitando a estos efectos una idea de lo que supondrían las dos partidas principales, adquisición de solares y construcción de edificios.

Para conocer el monto del crédito necesario se convocó un importante concurso, que representa el segundo paso administrativo importante, resumiendo en los quince apartados de su pliego de condiciones el espíritu de aquel proyecto de Ortuño. El concurso en cuestión, publicado por Real Orden el 30 de diciembre del mismo año de 1908, contemplaba “la adquisición por el Estado de solares o edificios a derribar o aprovechar, a fin de dotar de edificios adecuados a los servicios de Correos y Telégrafos, excepto en Madrid, en donde ya está construyéndose, y en Cartagena, Ferrol, Gijón, Las Palmas de Gran Canaria, Mahón, Reus y Vigo”. Con anterioridad al 30 de enero de 1909 debían estar presentadas las ofertas de suelo y edificios para su estudio por las Juntas y posterior remisión al Ministerio de Gobernación para su estudio en conjunto.

Habiéndose recibido un total de doscientas setenta proposiciones referentes a cincuenta y cinco poblaciones, prevaleció el criterio de la necesidad de construir nuevos edificios en lugar de mejorar las antiguas instalaciones o de aprovechar otros inmuebles, “para que los servicios postales y telegráficos de España se hallen, como en el extranjero, con el decoro que requiere tan importante ramo de la Administración pública”. Fue aquí donde se dio el tercer y definitivo paso, el representado por la Memoria que sirvió de base a la Ley de 14 de junio de 1909 que, en su capítulo sexto, da las orientaciones generales para los nuevos edificios para Correos y Telégrafos, señalando igualmente aspectos particulares de los futuros proyectos: “Convencidos de que las reformas que tratamos de implantar en los servicios de Correos y Telégrafos, necesitan para su funcionamiento edificios apropiados en los que tengan cabida todas las necesidades postales y telegráficas ya creadas, y las que de nuevo se han de establecer, hemos estudiado el modo de que pueda dotarse a cada una de las capitales de España de



Gijón



*Ferrol*

nuevos edificios de Correos y Telégrafos, haciendo extensiva tan importante reforma a determinadas poblaciones que por su situación geográfica o importancia administrativa y postal, merecen también que los servicios se instalen en edificios propiedad del Estado".

Estas otras poblaciones no capitalinas eran Cartagena, Ferrol, Gijón, Mahón, Reus, Vigo y Las Palmas, haciéndose una primera valoración global del costo de solares y edificación en poco más de veintitrés millones trescientas mil pesetas, cantidad que fue aprobada por las Cortes y a la que luego habría que sumar lo que supuso la incorporación de Linares, Manresa y Santiago de Compostela a la serie anterior. Los edificios deberían "construirse sólida, decorosa y económicamente, en el sentido de no gastar más dinero que el necesario, pero no menos del que exijan los presupuestos formulados en cada caso, que han de estar en relación con la población respectiva, a fin de que la construcción sea esmerada y concurren en ella las condiciones de belleza, comodidad e higiene que deben presidir en cualquier edificio, cualquiera que sea su destino, pero mucho más en los que revisten, como éstos de que se trata, el carácter de pública utilidad". Para conseguir esto se convocarían concursos públicos de proyectos, entre los arquitectos españoles, recibiendo el ganador como premio la dirección de las obras.

Por entonces había dejado de ser ministro Juan de la Cierva, sucediéndole en la cartera de Gobernación, entre 1909 y 1914, Segismundo Moret, Fernando Merino, Antonio Barroso y José Sánchez Guerra, pero Emilio Ortuño seguía llevando la Dirección General de Correos y Telégrafos. Son los años en que se empiezan a hacer los primeros convenios entre esta Dirección General y algunos Ayuntamientos como Barcelona (1909) que deseando activar las obras, entraron en un régimen de financiación diferente al de otras ciudades. Así, Barcelona, cuyo Ayuntamiento había concurrido al concurso de solares, ofreciendo el que hoy ocupa Correos al comienzo de la Vía Layetana, amplió su oferta comprometiéndose a construir también el edificio según el proyecto que aprobara el Gobierno, pues necesitaba "abreviar la venta de los terrenos sobrantes de la Gran Vía, así como también el estímulo que la construcción de la Casa de Correos prestaría para que se hiciesen en ella otras construcciones; con todo lo cual habría de encontrar el Ayuntamiento compensación a los sacrificios que se había impuesto por conseguir el ensanche de la ciudad y remediar la falta de trabajo". El hecho de subvencionar las obras el Ayuntamiento barcelonés con doscientas mil pesetas y el modo en que haría los pagos el Estado, en quince anualidades, aun cuando la estimación del coste total de seis millones rebasara el presupuesto inicial de cuatro millones setecientos sesenta mil pesetas, indujo al Consejo de Ministros a autorizar a Ortuño, como Director General de Correos y Telégrafos, a firmar con Barcelona un convenio en el que se detallaban estas y otras cuestiones administrativas. Al igual que Barcelona otras ciudades como Valencia (1910), León (1910), Pontevedra (1911) y San Sebastián, (1911), fueron ofreciendo distintas vías de participación a través de convenios.

Con la experiencia adquirida en estos primeros años de rodaje, todavía sólo en el plano administrativo, se replanteó a partir de 1913 parte del proceso. En este sentido fue, en primer lugar, el Real Decreto de 16 de diciembre de 1913 por el que se reconvertían las Juntas provinciales y locales creadas en 1908, en Juntas de Inspección y Vigilancia de Obras. Esto es, se entraba ahora en un comprometido y costoso proceso de proyectos y construcción de varias decenas de edificios, al mismo tiempo, y era necesario afinar al máximo su correcto control. Los integrantes de las Juntas eran prácticamente los mismos que los de las Juntas antiguas, aunque aumentando el número de vocales al incorporar al Delegado de Hacienda, un abogado del Estado y al Ingeniero Jefe de Obras Públicas de la provincia, si bien lo más notable era la presencia del Director General de Correos y Telégrafos o un delegado suyo, que podría asistir a las deliberaciones, ejerciendo las funciones de presidente de la Junta, por delante del Gobernador Civil, gozando de voto de calidad. Aquí se detecta el interés de Emilio Ortuño por la fiscalización personal de tan delicado programa, pues era la prueba de fuego ante el cúmulo de problemas que podían derivarse del complejo sistema de jurados, presentación de anteproyectos y proyectos, corrección y selección, adjudicación de la contrata, construcción y recepción de las obras —que siempre se la reservaba la Dirección General de Correos y Telégrafos por delegación del Ministro de Gobernación—, sin mencionar los relacionados con la delimitación definitiva de los solares. Una Real Orden de 31 de diciembre de 1913 sancionaba las nuevas Juntas, dando un plazo de veinte días para su constitución y exceptuando los casos de Madrid, Barcelona, Valencia, León y Pontevedra, que tenían un régimen diferente.

Por último, en esta abreviada visión del proceso, hay que referirse necesariamente a la Ley de Presupuestos para 1915 que, en el párrafo tercero del artículo dieciocho, autorizaba al Ministro de Gobernación para ejecutar las obras de las Casas de Correos y Telégrafos, con una primera inversión de quince millones de pesetas, la cual se repartiría de acuerdo con la valoración asignada a cada una



de ellas por la Memoria que sirvió para redactar la Ley de 1909. Con aquel crédito se construirían cuarenta y nueve edificios para Correos y Telégrafos, quedando al margen los de las ciudades que firmaron un convenio con el Estado. No quedaba ya sino fijar los solares, convocar los concursos, adjudicar las obras y empezar a construir. Estos serían los cometidos de los veinte años siguientes en los que la Dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la República y los comienzos de la Guerra Civil, hicieron que, en algunos casos, los edificios no se terminaran hasta los años 40.

## UN LUGAR EN LA CIUDAD

Una de las cuestiones más importantes que abordó el plan de Ortuño fue el señalamiento del lugar en la ciudad. Ya desde el primer concurso de solares de 1908, se decía expresamente acerca de la ubicación de los nuevos edificios que su situación "sea céntrica y radique en la zona comercial o de mayor movimiento de la población, a ser posible, aislado y situado en plaza o calle ancha e importante, con fáciles accesos a las estaciones de ferrocarril y puertos". Es decir, el edificio de Correos debía entrar a formar parte de lo que se llama el *centro* de la ciudad, en la calle más comercial, como Pontevedra; estar cerca de los establecimientos bancarios, como Vitoria o Málaga que se levantan junto al Banco de España; cerca del Ayuntamiento, como lo cumple Valencia; apropiarse de la sombra de los grandes monumentos históricos, como lo hacen Ávila y León frente a sus respectivas catedrales; en las *Grandes Vías*, como están en Barcelona y Sevilla; y en las plazas más representativas, como Madrid y Santa Cruz de Tenerife.

No obstante, aquel primer concurso de solares de 1908, fue declarado desierto por la Real Orden de 13 de enero de 1915, pues habiendo transcurrido prácticamente siete años desde la primera fecha hasta conseguir la partida presupuestaria para su adquisición, muchos solares habían cambiado de manos, en algunos se habían construido otros edificios y el precio del suelo tampoco era el mismo en 1915. Ello motivó otro Real Decreto (14-I-1915) por el que se convocaba de nuevo un "concurso de solares o edificios a derribar o aprovechar", haciendo público el pliego de condiciones y las cuarenta y nueve ciudades incluidas en la Ley de Presupuestos de 1915 ya citada.

De este concurso saldrían la mayor parte de los solares que ocuparon la primera y segunda generación de edificios de Correos y Telégrafos, que no siempre eran solares limpios sino ocupados por todo tipo de edificios, en muchos casos muy venerables, que hubo que derribar. Este es el caso de Ávila, por ejemplo, cuya actual Casa de Correos se levanta sobre el palacio episcopal del siglo XVI. En otros casos se utilizaron los solares de edificios públicos que habían quedado desafectados, como los de la aduana de Vigo y Santa Cruz de Tenerife. En ocasiones eran solares absolutamente nuevos surgidos de una reforma interior, como Córdoba. Otras veces eran el resultado del aprovechamiento de antiguos bastiones militares, como el caso de Gerona, cuya Casa de Correos se levanta sobre un antiguo baluarte de la muralla. A su vez, la de Zaragoza creció sobre el solar de un antiguo teatro y así, sucesivamente, veríamos situaciones muy distintas entre los edificios de nueva construcción.

Como aquel nuevo concurso de 1915 se refería también al aprovechamiento de edificios, mencionaremos que hubo desde viejos conventos desamortizados, como la primera sede de Sevilla sobre un antiguo convento de religiosos agustinos, hasta otros destinados a Escuela de Artes y Oficios, como sucedió en San Sebastián.

Por último, se intentó por todos los medios que la manzana fuera aislada, haciendo coincidir la superficie del solar-manzana con la del edificio, de tal modo que la Casa de Correos fuera exenta, con cuatro fachadas libres, tanto para asegurar al interior la máxima iluminación natural, como para situar en la fachada posterior o en una lateral los muelles para la descarga de las sacas postales. Así fue en la mayoría de los casos, desde los grandes edificios como Barcelona hasta los más sencillos como Palencia o Ferrol. Cuando el solar era de una gran superficie y estaba en un lugar principal de la ciudad, esta segunda condición pesaba más que las posibilidades de una manzana aislada, de tal modo que se disponía en esquina, convirtiendo esta en un chaflán y realzando su condición de bisagra con un elemento torreado, dando acceso al público desde la calle principal y a los vehículos por la calle lateral, según puede verse en Córdoba o en Palma de Mallorca, entre otras ciudades. Este énfasis del edificio en esquina se mantuvo en aquellas sedes de Correos y Telégrafos que se construyeron en los años cincuenta, de los que es un buen ejemplo el edificio de Granada sobre la plaza de Puerta Real.

El movimiento postal en torno a las calles que rodean el edificio de Correos dio lugar a que el callejero de nuestras ciudades, conociera los nuevos nombres de calle del Correo, pasaje del Correo, callejón del Correo, etc., siendo en ocasiones de origen anterior al momento que estamos recogiendo y vin-



Pontevedra



Málaga

culado al del edificio y calle de Postas, como sucedió en Madrid o Toledo, cuyos nombres datan del siglo XVIII. De cualquier modo es un hecho cierto que la relación entre la ciudad y el edificio de Correos y Telégrafos es muy estrecha, llegando en ocasiones a edificar primero la Casa de Correos y luego abrir la calle que accede al edificio, como ocurrió en Vigo. Solamente, en la tercera generación de edificios, aquella que coincide con los años 80 y 90, en cuyo período se renuevan gran parte de las antiguas Casas-Correo y se construyen nuevas sedes, desde la de León hasta la de Ciudad Real, estos valores urbanísticos han perdido vigencia, e incluso, como en el caso de Málaga, se abandonan posiciones céntricas buscando zonas más despejadas en la nueva trama urbana de la ciudad.

Lo cierto es que la última generación de la arquitectura postal, como sucede con otras tipologías, se concibe al margen del marco urbano, lo cual, no podemos ocultarlo, produce fuertes disonancias con su entorno que no siempre benefician a la novedosa arquitectura. Este es el reto y el peligro de la máxima abstracción en la arquitectura que, con frecuencia, tiende a un narcisista ensimismamiento, con olvido de la ciudad y del paisaje en los que se incorporan, sin discutir ahora la calidad evidente del proyecto. Los arquitectos de antaño, por el contrario, quisieron –y puede ser que en muchos casos con exceso– fundir su arquitectura con el *genius loci*, de tal modo que el edificio resultase cálido y familiar a los habitantes de la ciudad.

## EL ROSTRO DE LA ARQUITECTURA

El análisis de los edificios de Correos y Telégrafos, la mayoría propios y otros arrendados, lleva a una doble consideración, pues hay que estimar, por una parte, lo que es el programa de necesidades y su distribución y, por otro lado, lo que hemos llamado el rostro de la arquitectura, esto es, su expresión, lo que comúnmente se define como estilo y está sujeto a la moda, y que no es sino el adjetivo calificativo de la arquitectura. Así, diferenciamos el de Pontevedra como ecléctico, el de Vitoria-Gasteiz como regionalista y el de A Coruña como racionalista, si bien se trata tan sólo de la envoltura, porque la maquinaria interior, esto es, el vestíbulo, las taquillas, la sala del telégrafo o la de batalla, son elementos comunes a todas ellas porque están íntimamente identificadas con la finalidad del edificio, con su destino, con los servicios a prestar, son los elementos, en definitiva, que hacen funcionar al edificio como máquina postal. Por ello parece oportuno ver cómo se conciben en aquel primer momento las necesidades de la Casa de Correos y Telégrafos, trazando un retrato robot que sirva para todas en general.

Así como los concursos, salvo excepciones, nada dicen acerca del rostro de la arquitectura postal, sí que el pliego de condiciones generales, aprobado por Real Orden de 15 de marzo de 1915, es muy explícito respecto al corazón de estos edificios y su distribución general. En efecto, quedaba “al buen juicio de los autores el adoptar para los edificios el sistema de construcción, estilo y disposición que mejor estimen, pudiendo emplear los elementos de composición y ornato que prefieran, en completa libertad artística, pero bien entendido que no debe sacrificarse al aspecto monumental de la edificación las condiciones de acertada distribución y buen servicio, principal objetivo que se persigue”.

Entre estas condiciones generales hay algunas recomendaciones cuyo conocimiento ayudan a entender mejor el carácter de los edificios de la que llamo primera generación, es decir, de los anteriores a 1936, para distinguirlos tanto de los que se hacen entre 1940 y 1975, la segunda generación, como de los que pertenecen a la última época entre 1975 y 1997. Los primeros son los que están más cerca de lo que Ortuño pensaba que debían ser aquellos edificios, los cuales si bien los conocemos de forma abreviada como Casas de Correos, albergaban también el servicio de Telégrafos y Teléfonos. Esta dualidad de servicios parece que determinó en muchos casos la simetría de la composición de los edificios, como si se tratase de dos mitades iguales, de tal forma que doblando la fachada por su eje central, todos sus elementos, a derecha e izquierda, coincidirían. Es el caso de Vitoria o Logroño, entre otros muchos. No obstante, esto sólo sucede en el exterior porque unos y otros servicios requieren interiormente espacios muy distintos.

Entre otras condiciones de aquel pliego general, desearía resaltar una de gran interés en la que se resume el carácter e imagen global que se quiere transmitir de las Casas de Correos y Telégrafos. Me refiero al señalamiento del sistema de construcción que, por encima de todo, debía “conseguir la mayor amplitud, holgura, diafanidad y abundante luz de los locales, procurando ésta última por medio de grandes huecos rasgados en sentido horizontal, más en carácter con el destino del edificio que los rasgados en sentido vertical, debiéndose estudiar la tabiquería interior con elementos de madera o hierro con cristal en forma fácilmente desmontable para que pueda tener conveniente y posible solución la distribución de locales según la importancia y desarrollo que los servicios exijan en determinado



momento. Ha de tenerse en cuenta al redactar estos proyectos, que se trata de edificios de carácter administrativo en los que debe evitarse la profusión de adornos, combinando la sencillez y la elegancia de líneas para lograr el sello de gusto depurado que debe presidir en toda obra del Arquitecto".

Esta última intención se llegó a interpretar de modo exquisito en el edificio de A Coruña, una de las piezas más notables del racionalismo español, cuya limpieza de volúmenes y superficies parece encarnar como ningún otro el espíritu perseguido por Ortuño, a quien le hubiera gustado igualmente conocer el que Alejandro de la Sota proyectó para León. Sin embargo, dados los años en que se producen los concursos, pesó más el deseo de incorporar los recursos de la arquitectura regionalista, esto es, elementos procedentes del amplio elenco de la arquitectura popular y de la historia, coincidentes con un determinado paisaje provincial o urbano. Ello era natural, pues si miramos las fechas de todos estos decretos y reales órdenes, coinciden con algunas tan significativas como la que lleva el Real Decreto de 18 de diciembre de 1913, que autorizaba las Mancomunidades de Provincias y la redacción de un Estatuto que, aunque se refería tan sólo a los aspectos administrativos, representaban un principio de autonomía regional.

A su vez, el año en que se aprueba el presupuesto para la construcción de las Casas de Correos y Telégrafos, es el mismo año de 1915 en que tiene lugar el célebre VI Congreso Nacional de Arquitectura, celebrado en San Sebastián, donde surgió el regionalismo programático que encabezaron Aníbal González y Leonardo Rucabado. Allí, en una actitud defensiva frente a la influencia de la arquitectura extranjera, especialmente de la francesa, se mantuvieron posiciones cuyo alcance se resume en el título de la ponencia que los citados arquitectos mantuvieron: "Orientaciones para el resurgimiento de una Arquitectura Nacional". En algunos de sus puntos está la base de cosas vistas luego en la arquitectura de estos años, en general, y en los edificios de Correos en particular, como por ejemplo el que dice que aquel Congreso instaría "a los Ayuntamientos de las capitales de provincia a imitar el ejemplo dado por el de Sevilla, que, para fomentar la edificación de estilo regional, ha establecido un concurso con honrosos premios para las edificaciones inspiradas en los estilos tradicionales de la región". O bien aquel otro que pretendía que "los concursos de proyectos que establezcan los diferentes Ministerios, Diputaciones, Ayuntamientos y demás centros oficiales, determinen preferencias para los inspirados en nuestros estilos nacionales".

Entre estos últimos no era el menor el estilo renacimiento español, el neoplateresco, el estilo llamado "Monterrey", cuyo palacio salmantino —al que con tanta emoción patria miraba Unamuno— dio nombre a una forma de entender la decoración arquitectónica y del mobiliario, lo que sarcásticamente se llamaba *estilo remordimiento*. Cuando Carlos Gato ganó el concurso para la Casa de Correos de Burgos escribía en su memoria que "dicho proyecto está inspirado en los estilos Plateresco y Renacimiento español, acomodados a lo que su destino exige, siendo sus líneas generales las empleadas en muchas construcciones de los siglos XV y XVI, de los que tantos ejemplos existen en Burgos", cosa que no se cumple en el bello edificio que luego se construyó y hoy podemos contemplar.

Desde esta óptica se entienden mejor las Casas de Correos de Zaragoza, en abierto estilo mudéjar, de Ferrol, de clara intención regionalista, y de Palencia, de transparente empeño plateresco. Son los años en que las estaciones de ferrocarril o los edificios de teléfonos, tratan de encontrar la misma vena local y regionalista, pero también son los años en que la política, la literatura, la música o la pintura, explotan un nacionalismo-regionalismo que subyace en aquella Edad de Plata de la cultura española.

De todo esto debía ser consciente el Jurado que estudiaba y calificaba los anteproyectos y proyectos hasta señalar al ganador, pues es cierto que pese a la mencionada simplicidad constructiva y al carácter funcional y administrativo que debían tener los edificios, en muchos casos cedió ante lo que sin duda parece halagar a la sociedad española de este período, premiando el regionalismo de Santander (1916) o las concesiones historicistas que Demetrio Ribes hizo al edificio de Castellón de la Plana (1916), o Anasagasti al de Málaga (1916). Sin las fechas no cabe entender la coherencia que estos edificios comportan en relación con el movimiento regionalista, que se basó en estos edificios de carácter institucional.

El Jurado que intervino en todo este proceso estaba presidido por Ortuño, como Director General de Correos y Telégrafos, siendo sus vocales, dos Jefes de Correos y Telégrafos —designados por la propia Dirección General—, el arquitecto de la Dirección General y un ingeniero adscrito a la misma, un arquitecto que fuera profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid —designado por el mismo Centro—, un arquitecto de la Academia de San Fernando —nombrado por esta Corporación—, dos arquitectos libres a propuesta de la Sociedad Central de Arquitectos, y un secretario, sin voz ni voto, funcionario de la Dirección General de Correos y Telégrafos.

A efectos de orientación general, señalaremos en último lugar que los concursantes conocían las Bases del programa que debían cumplir los proyectos, redactadas por Ortuño y publicadas el 12 de



León



Vitoria

junio de 1915, las cuales definen cómo habían de ser aquellos edificios en su interna anatomía postal y telegráfica. Mencionaremos aquí algunas de las piezas más importantes y que, bajo ningún concepto podían faltar. En primer deben señalarse los elementos comunes a Correos y Telégrafos, como era la portería del edificio, el gran hall para el público con los mostradores y ventanillas correspondientes (sellos, telegramas, etc.), el arranque de la escalera principal y la biblioteca. En la parte específica que ocupaba Correos era muy importante la llamada gran sala de dirección, conocida vulgarmente como *sala de batalla*, pues situada entre los buzones y los muelles donde los coches llevan o traen de la estación de ferrocarril la correspondencia, es el lugar en el que se cruzan y clasifica la correspondencia, teniendo también comunicación con la Cartería, Lista y Apartados, estos con casilleros *sistema americano*. Dejamos sin detallar, por no ser prolijos, la necesidad de dar cabida a otros muchos servicios que requerían su propio despacho como el giro postal, la Caja de Ahorros, aduana, tarjetas de identidad, etc. La zona específica de telégrafos debía contar con una sala de aparatos "con luces amplias y directas", así como el taller de reparaciones, un local para la "rosácea de distribución de cables cuya entrada en el edificio se procurará que sea subterránea", pues en los primeros tiempos fueron cables aéreos que partían de las torres que culminaban las fachadas de los edificios, locutorios para las conferencias telegráficas y telefónicas del público y otras diferentes para la prensa, sala de pruebas de aparatos y un sinfín de negociados, habilitación, caja, despachos, etc. Por último, en la planta alta habían de habilitarse dos viviendas para los respectivos jefes de Correos y Telégrafos, de diez habitaciones como mínimo, cada una de ellas, y otras dos viviendas para los correspondientes conserjes, con tan sólo seis habitaciones cada una.

### LOS ARTÍFICES DE LAS CASAS DE CORREOS

Resultaría incompleto este acercamiento general a la arquitectura de las Casas de Correos si no se dijera algo de sus arquitectos, a modo de epílogo, pues resulta del mayor interés comprobar un cierto entusiasmo juvenil y profesional ante esta propuesta de la Administración. Efectivamente, desde el primer gran edificio de Correos y Telégrafos, esto es, desde el Palacio de Comunicaciones de Madrid, se percibe cierta frescura y el entusiasmo de las promociones más jóvenes de arquitectos, comenzando por el propio Antonio Palacios que ganó aquel comprometido concurso en 1904, tan sólo un año después de haber terminado la carrera. En cierto modo era su primer proyecto serio y, de no saberlo, pensaríamos que era la obra madura de un arquitecto de mayor experiencia, como lo eran los grandes perdedores de aquel certamen, esto es, los Carrasco, Saldaña, López Blanco y otros.

Esta misma situación se repitió en los primeros concursos, donde encontramos a arquitectos como Zuazo y Fernández Quintanilla, titulados en 1913 y ganadores del concurso de la Casa de Correos de Santander en 1916, sobre otras propuestas de arquitectos montañeses como la presentada por Javier González de Riancho, de mayor edad y prestigio en Cantabria. Por otra parte, Pedro Muguruza Otaño, titulado en 1916, ganó en el mismo año 1919, fecha en la que se resuelven gran parte de los proyectos, el concurso para la Casa de Correos de Murcia. También en 1919, el arquitecto Agustín Eyries ganó el certamen para el edificio de Huesca, con sólo dos años de actividad profesional, y así en otros muchos casos. En esta línea se dieron situaciones extremas como la de Martín Corral Aguirre y José Romero Soriano, ganadores del concurso para el edificio de Badajoz en el mismo año, 1916, en que obtuvieron el título de arquitecto, esto es, después de hacer el proyecto de fin de carrera, estrenaron su vida profesional haciendo un edificio para Correos.

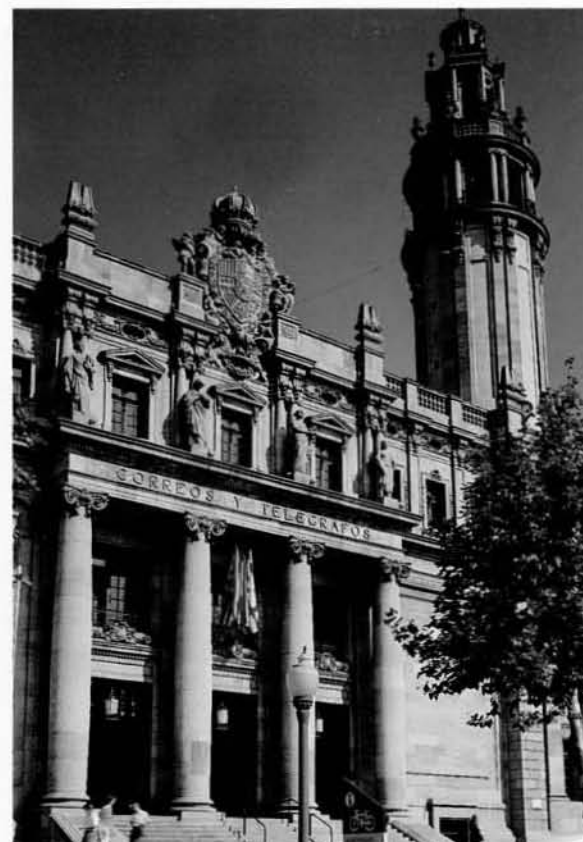
Esto explicaría en parte la presentación de muchos proyectos firmados por dos arquitectos, intentando compensar en muchos casos la falta de experiencia con la doble aportación personal. Así vemos las parejas formadas por Palacios y Otamendi (Madrid), Fernández Quintanilla y Zuazo (Santander), Luis Ferrero y Jerónimo Arroyo (Valladolid), Ribes y Dicenta (Castellón), Corral y Romero (Badajoz), Gómez Román y Vidal Tuasón (Cádiz), Ferrero y Díaz Tolosana (Vitoria), Cabello y García Martínez (Cuenca), Goday y Torres Grau (Barcelona), Catá y Bona (Girona), etcétera. Con frecuencia estos equipos se debían a razones de amistad durante la carrera, cuando no mediaban lazos de familiares como se dio en el proyecto de Guadalajara, obra de los hermanos Luis y Joaquín Sáinz de los Terreros.

Por otro lado, muchos de ellos se presentaron a varios concursos al mismo tiempo, intentando pasar los dos grados del certamen, anteproyecto y proyecto, como sucede con Gato Soldevila que ganó el de Pontevedra y Burgos, con Zuazo y Fernández Quintanilla que obtuvieron las sedes de Santander y Bilbao, o bien con Luis Ferrero Tomás, que se presentó en solitario al de Castellón y con diferentes compañeros a los de Valladolid y Vitoria. José Yarnoz perdía el concurso de Burgos en 1916, pero ganaba

el de Salamanca, cuatro años más tarde y, al contrario, Teodoro Anasagasti alcanzó el premio en 1916 para Málaga, pero perdía tres años después el de Vitoria.

Este alto número de arquitectos y concursos, que debían hacerse públicos en la Gaceta de Madrid, generando una importante burocracia, plazos de entrega, presentaciones, devoluciones, correcciones de los proyectos por parte del jurado, etc., piénsese que al concurso de Burgos se presentaron diez anteproyectos distintos, cinco al de Palencia, cuatro al de Málaga, y así en muchos casos, tal panorama, decimos, debió de aconsejar a la Dirección General de Correos y Telégrafos, a adscribir a este ramo algunos arquitectos para terminar con el sistema de los concursos. Es aquí donde surge el equipo formado por Joaquín Otamendi Machimbarrena y Luis Lozano Losilla. El primero había colaborado con Palacios en el proyecto de la Central de Correos de Madrid, si bien no tenía entonces el título de arquitecto que obtendría en 1910, y se había presentado sin éxito al concurso de Málaga que ganó Anasagasti. En aquella ocasión (1916) también se presentó Luis Lozano Losilla, titulado en 1918, que tampoco alcanzó el premio. Lo cierto es que uno y otro entraron como arquitectos auxiliares al servicio de la Dirección General de Correos, llegando Lozano a ser también Oficial del Cuerpo de Telégrafos, colaborando muy eficazmente en una gran número de proyectos. Bastaría señalar algunos de los edificios recogidos en este libro para darse idea no sólo de la cantidad sino de la calidad de la obra de ambos arquitectos: Gijón (1927-30), Sevilla (1927-30), Córdoba (1931-1934), Coruña (1931-34), Santiago (1934-47), Santa Cruz de Tenerife (1943-57), y Granada (1944-58). Como puede verse por las fechas, Otamendi y Lozano hicieron de puente entre las que llamo primera y segunda generación de edificios postales, separadas por la Guerra Civil. Con su desaparición termina también aquella doble etapa, dejando el camino abierto a los más jóvenes, cada vez más desligados del espíritu pionero que protagonizó Emilio Ortuño.

Por último, diremos que si a los jurados, donde encontramos a Lampérez, Bellido, Luque, Cabello, Vega y March, Repullés, Buenaventura Bassegoda, Augusto Font, todos ellos nombres insignes en la arquitectura de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, se suman las decenas de arquitectos que presentados no alcanzaron nunca premio alguno, pese a ser notabilísimos arquitectos, como Puig y Cadafalch en Barcelona o Eladio Laredo que concurrió al de Huesca; entre unos y otros, decimos, se contabiliza una nómina verdaderamente importante de arquitectos y arquitecturas, dibujadas y construidas que debieran ser, en algún momento, estímulo suficiente para recuperar en un estudio de mayor alcance el estimabilísimo patrimonio arquitectónico de Correos y Telégrafos en España. Efectivamente, con independencia de su situación actual en el registro de la propiedad, nuestro país conserva un patrimonio edilicio postal, que representa una página tan brillante como desconocida de nuestra historia, en la que se recogen muchas de las esencias que van desde la Generación del 98 a la del 27.



*Barcelona*





## MADRID

LA ADMINISTRACIÓN CENTRAL de Correos ocupó en Madrid dos edificios que resultan emblemáticos para la ciudad, pues desde el siglo XVIII estuvo en la llamada Casa de Correos, sede hoy de la Presidencia de la Comunidad, en la Puerta del Sol, y, desde comienzos del siglo XX, en el Palacio de Comunicaciones de la plaza de Cibeles, actualmente adscrito a la Secretaría General de Comunicaciones, con el fin de prestar en su vestíbulo principal todo tipo de servicios postales y telegráficos. Para el primero empezó a trabajar Ventura Rodríguez en 1756, pero cuatro años más tarde se encargó la obra al arquitecto francés Jaime Marquet, autor del edificio actual que, con el inmediato de la Casa de Postas, fue el marco en el que se movió el servicio y la administración de Correos en la capital, vinculado con el resto de las provincias españolas a través del telégrafo desde 1848.

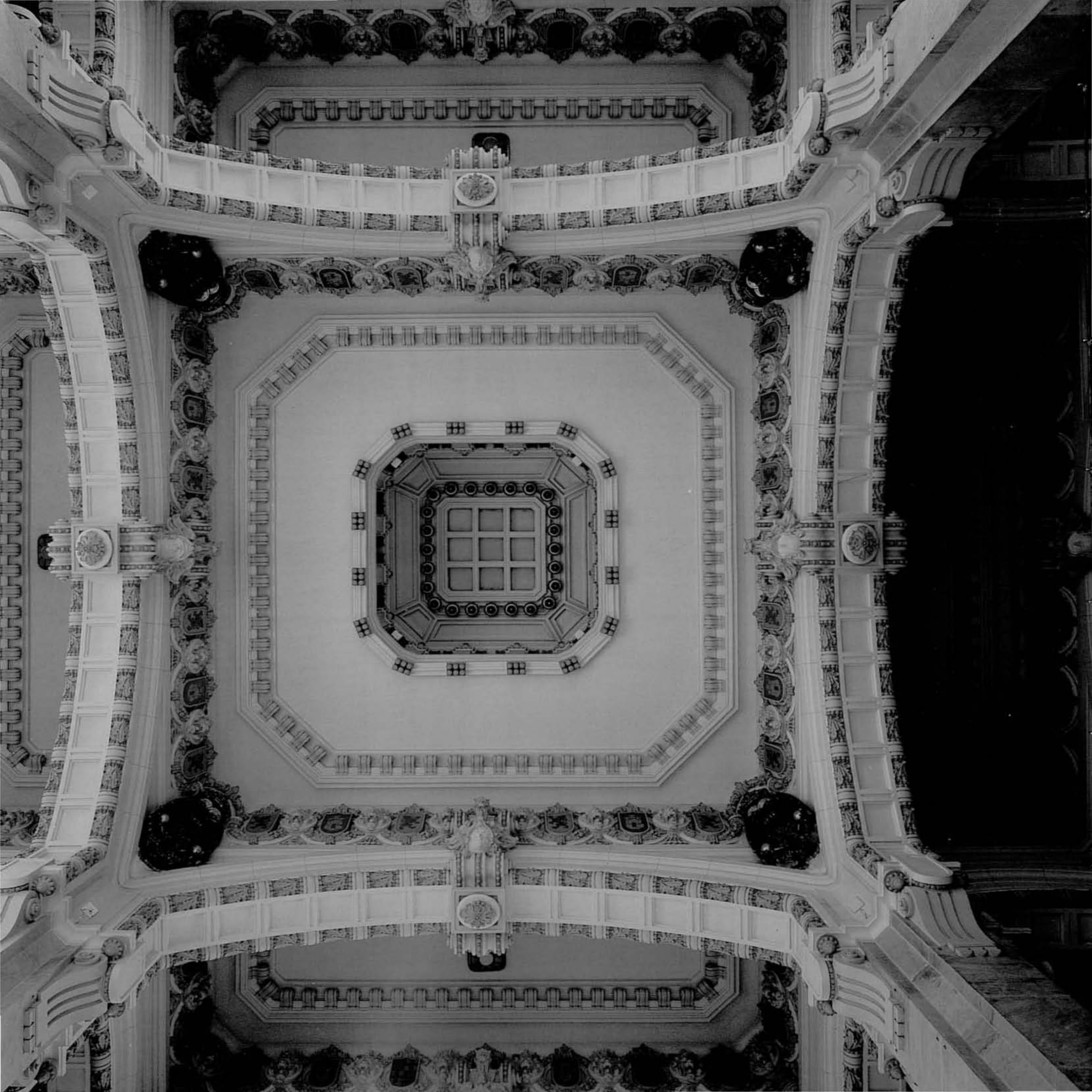
Las limitaciones de aquellos dos edificios movieron al Gobierno a construir uno nuevo para lo cual abrió un concurso que ganaron Antonio Palacios y Joaquín Otamendi (1905), pensando en un edificio que se levantaría sobre los jardines de San Juan, resto último de los jardines del Buen Retiro. El proyecto estaba ultimado en 1904 por lo que es el primer edificio de Correos de nuestro siglo XX al que seguirían todos los demás. Las obras se iniciaron en 1907 y el 14 de marzo de 1919 se inauguraba solemnemente con la presencia de los reyes.

El profesor Chueca Goitia, gran conocedor del edificio, pues no en vano fue su padre quien calculó la gran estructura metálica del Palacio de Comunicaciones, ha definido bien esta obra al decir que resulta "monumental y se concibe como un trozo de la ciudad, la planta es un compromiso entre las soluciones simétricas y la libertad compositiva... El patio interior es una verdadera plaza urbana con penetración a través de arcos... con un interior abierto, presidido por un vestíbulo cruciforme, que alcanza toda la altura del edificio en el patio de operaciones cubierto. Sobre el crucero se eleva la torre central del reloj como un cimborrio de un templo medieval...", de donde le viene el popular nombre de Nuestra Señora de las Comunicaciones. Pese a estos aspectos más o menos pintorescos, el edificio respira modernidad y renovación constructiva en la parte de su estructura metálica roblonada y vista, así como en sus vinculaciones con la arquitectura vienesa contemporánea, siendo bellísimos los detalles escultóricos ejecutados por Ángel García. Desde 1980 a 1992 se han realizado reformas por parte del Jefe del Área de Arquitectura, Antonio de Sala-Navarro y Reverter, que ya intervino en Sevilla (1990), Córdoba (1981), Gijón (1996) y Granada 1980.















## A CORUÑA

ENTRE LAS IMÁGENES sorprendentes que pueden encontrarse de los antiguos edificios de Correos, el de A Coruña ofrece una de expresivo acento racionalista y funcional, muy contrario a lo que se venía haciendo habitualmente, esto es, buscar en el cajón de los recursos regionalistas los acentos locales de la arquitectura. A Coruña ofrece una versión nueva, resultado del proyecto en colaboración de dos arquitectos de la Dirección General de Correos, Joaquín Otamendi y Luis Lozano, que debían tenerlo terminado poco antes de 1931, pues entre esta fecha y 1934 se levantó el edificio actual.

Su imponente aspecto exterior reviste una estructura metálica –probablemente la primera que se hace en A Coruña– sobre pilotes de madera fundados en el arenal, esto es, en el difícil terreno próximo al mar, entre la Dársena y el antiguo Muelle de hierro, no muy lejos del primer lugar que ocuparon los servicios de correos en las inmediaciones de la plaza de María Pita, en la calle Montoto.

Ahora se levantaría el nuevo edificio, cuya dirección de obra estuvo a cargo del arquitecto Antonio Tenreiro Rodríguez, entre las calles de la Marina y Alférez Provisional, dando su fachada principal a la breve calle Alcalde Manuel Casás. Su aspecto exterior es verdaderamente magnífico y en él hay, sin duda, mucho del talento personal de Antonio Tenreiro, como es la exquisita depuración formal de los volúmenes, si bien aún nos atrae más el original tratamiento de las superficies, creando delicados planos resaltados de muy estricta geometría, como pueden verse en algunos otros edificios que todavía permanecen en pie en la ciudad de este mismo arquitecto coruñés, titulado en la Escuela de Arquitectura de Madrid en 1919, el mejor intérprete que tuvo el racionalismo en A Coruña.

El interior, reformado en 1980, aún conserva muchos detalles siguiendo la pauta del Art Déco, como las vidrieras que iluminan cenitalmente el vestíbulo principal. En una palabra una joya arquitectónica del racionalismo español.





## VIGO

CON ANTERIORIDAD AL emplazamiento actual, el servicio de Correos ocupó otros inmuebles, nunca propios, en las calles del Príncipe y de Velázquez Moreno. Estas precarias instalaciones movieron al Ayuntamiento vigués a pensar en un nuevo edificio, cuando llegó aquel Real Decreto de 1915 sobre subvenciones para la construcción de cuarenta y nueve edificios nuevos de Correos en otras tantas ciudades españolas, que incluía a Vigo entre las beneficiarias. La cantidad que le correspondía, poco más de medio millón de pesetas, estaba muy por encima de las recibidas por otras capitales gallegas como Coruña y Ourense, pues Pontevedra ya contaba con su reciente sede, justificando este mayor presupuesto la necesidad de atender al Cable Alemán y al Cable Inglés.

La disponibilidad del solar que ocupaba la antigua aduana se retrasó, al igual que la convocatoria del concurso de anteproyectos para el nuevo edificio, que no se publicó hasta 1920. El jurado eligió el del arquitecto vigués Manuel Gómez Román, titulado en Madrid en 1917, si bien venía ejerciendo la arquitectura muchos años antes, por lo que no es ésta una obra de juventud sino de reposada madurez, como muy bien deja ver su arquitectura. El expediente definitivo de la obra no se aprobó hasta 1924, iniciándose poco después la construcción que llevó adelante el contratista Vicente Calderón. El edificio, finalmente, comenzó a prestar sus servicios en marzo de 1930, después de haber resuelto su acceso por la prolongación de la nueva calle Reconquista. Cuenta también con fachada a la plaza de Santiago, y tiene la entrada por el chaflán de la esquina sobre la que se yergue un ático con el reloj tan común a los edificios de Correos. La novedad respecto a otros edificios contemporáneos es que el arquitecto no recurrió al historicismo, ni al regionalismo, ni siquiera al cómodo lenguaje del eclecticismo, sino que con decidida voluntad de situar la modernidad del edificio en la funcionalidad de su destino, recurrió a una sobria y desnuda arquitectura, cuya mayor preocupación fue abrir en sus fachadas grandes luces, dejando vista desde fuera parte de la estructura metálica.

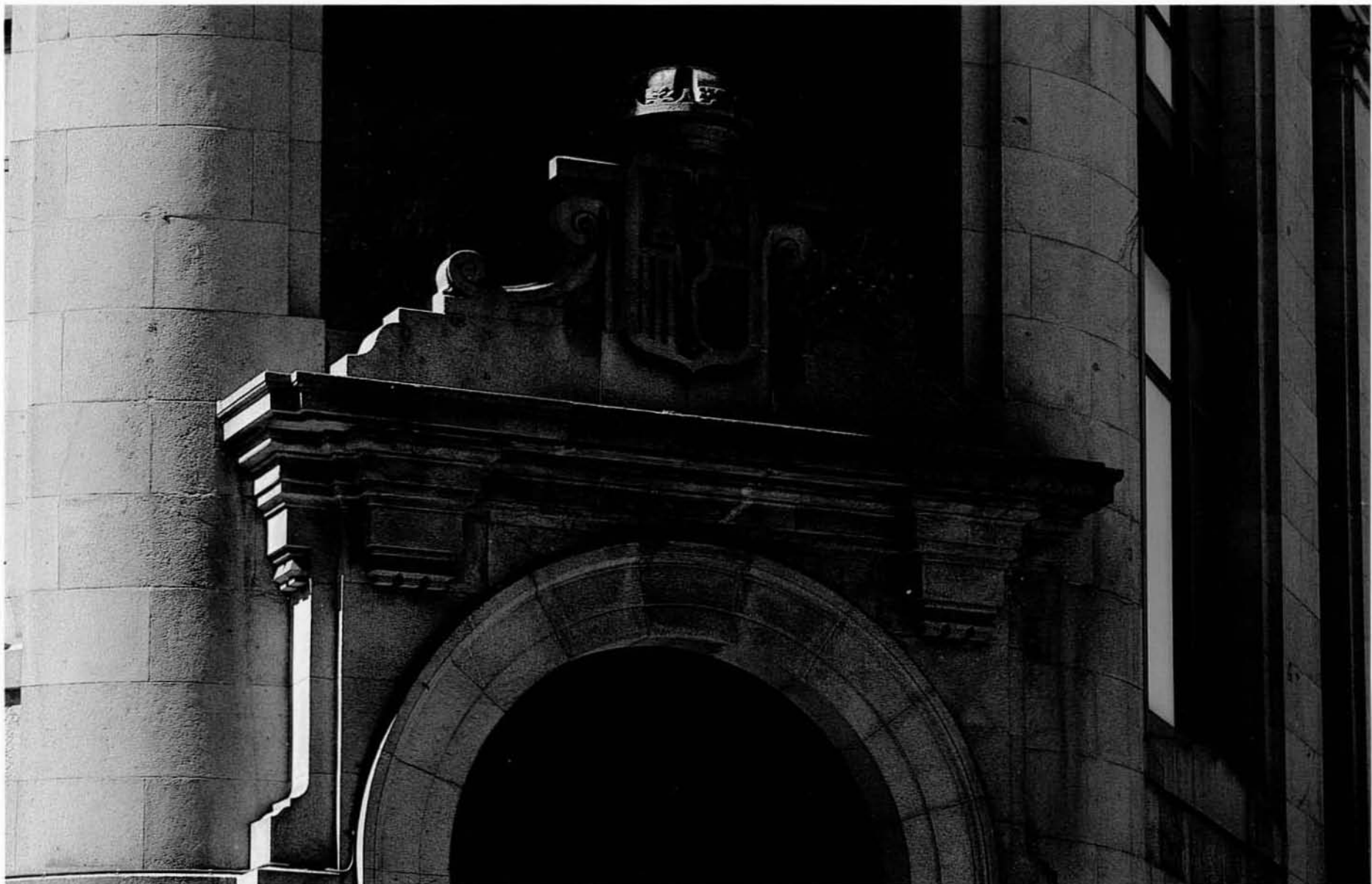












## ZARAGOZA

DESPUÉS DE OCUPAR un modesto edificio en la calle del Refugio, con vuelta a la de San Jorge, aunque próximo a la importante calle de Don Jaime que atraviesa el viejo núcleo histórico, el servicio de Correos se trasladó al paseo de la Independencia. Aquí ocupó el solar del antiguo Teatro Pignatelli, inmediato a la célebre iglesia de Santa Engracia, para donde el arquitecto Antonio Rubio y Marín, titulado en Madrid en 1909, hizo el proyecto en junio de 1918.

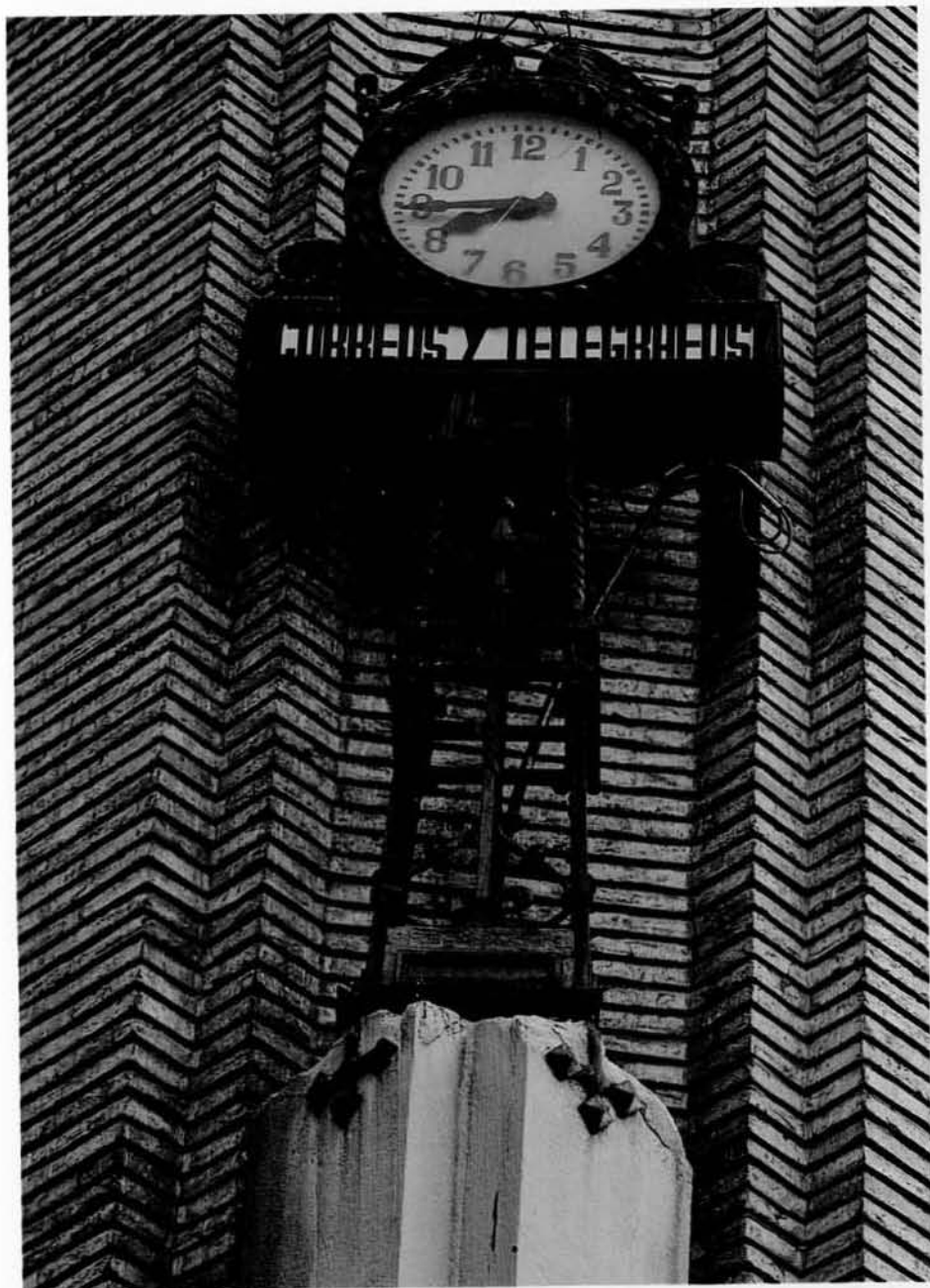
Es uno de los más claros ejemplos de arquitectura neomudéjar en los epígonos del historicismo, donde junto a elementos de clara inspiración morisca, como la red de rombos o sebka, formado por el entrecruzamiento de arcos, se abren balcones y ventanas de medio punto que nada tienen que ver con aquellos motivos ni con el alfiz que encuadra el hueco principal de la fachada. Toda ella muestra una gran masa de ladrillo, aliviada con algunos toques cerámicos de color, en la que se observa un tímido contraste de volúmenes que, con sus aleros y almenados remates, quieren suscitar recuerdos medievales. La parte baja se resuelve con unos porches, comunes a la edificación del paseo de la Independencia, destacando la fuerza que tiene la reiteración de los arcos de medio punto aquí como en toda la fachada, lo cual recuerda al autor del edificio de Correos de Teruel. Inaugurado en 1926, el edificio fue rehabilitado interiormente en 1982.









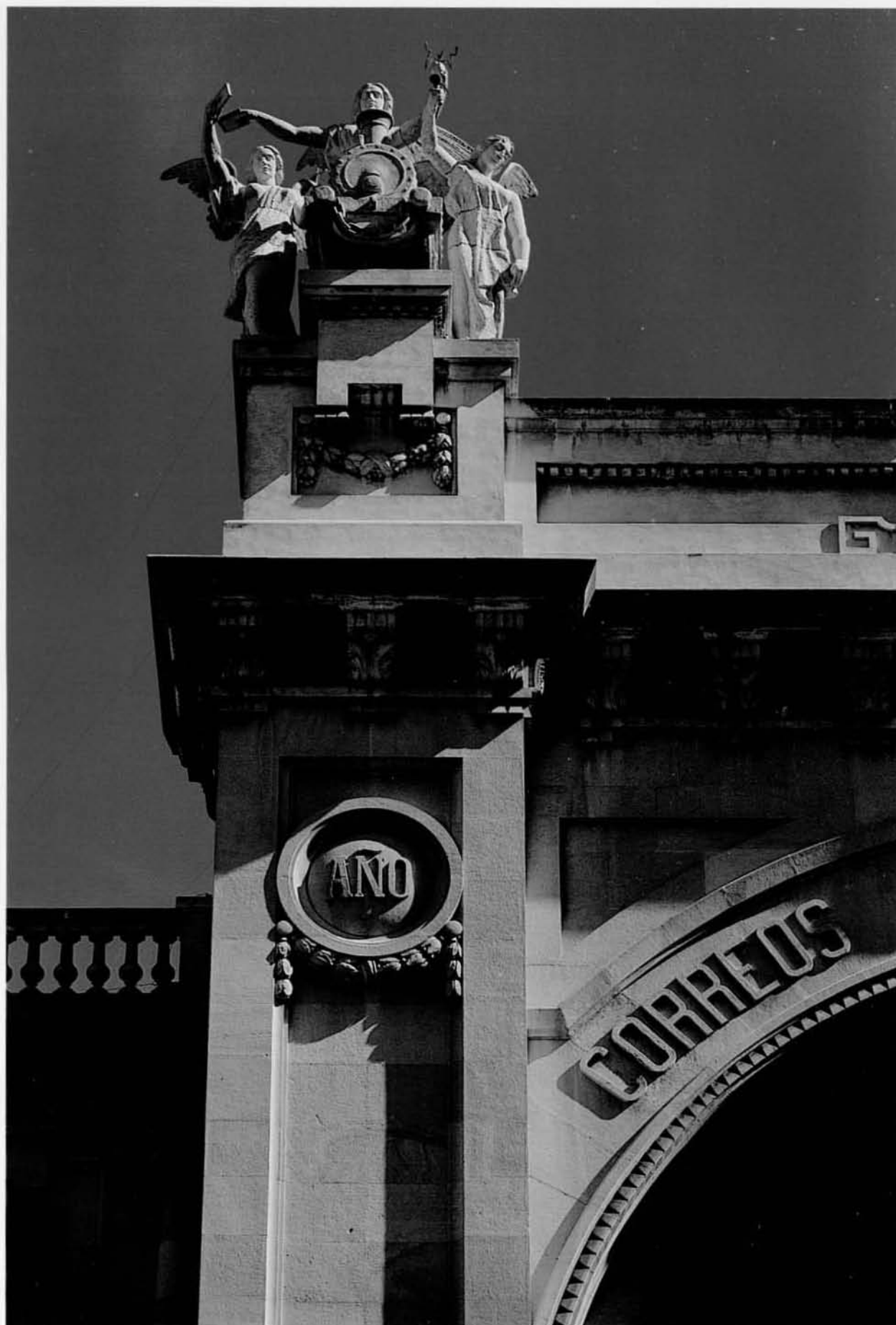


## VALENCIA

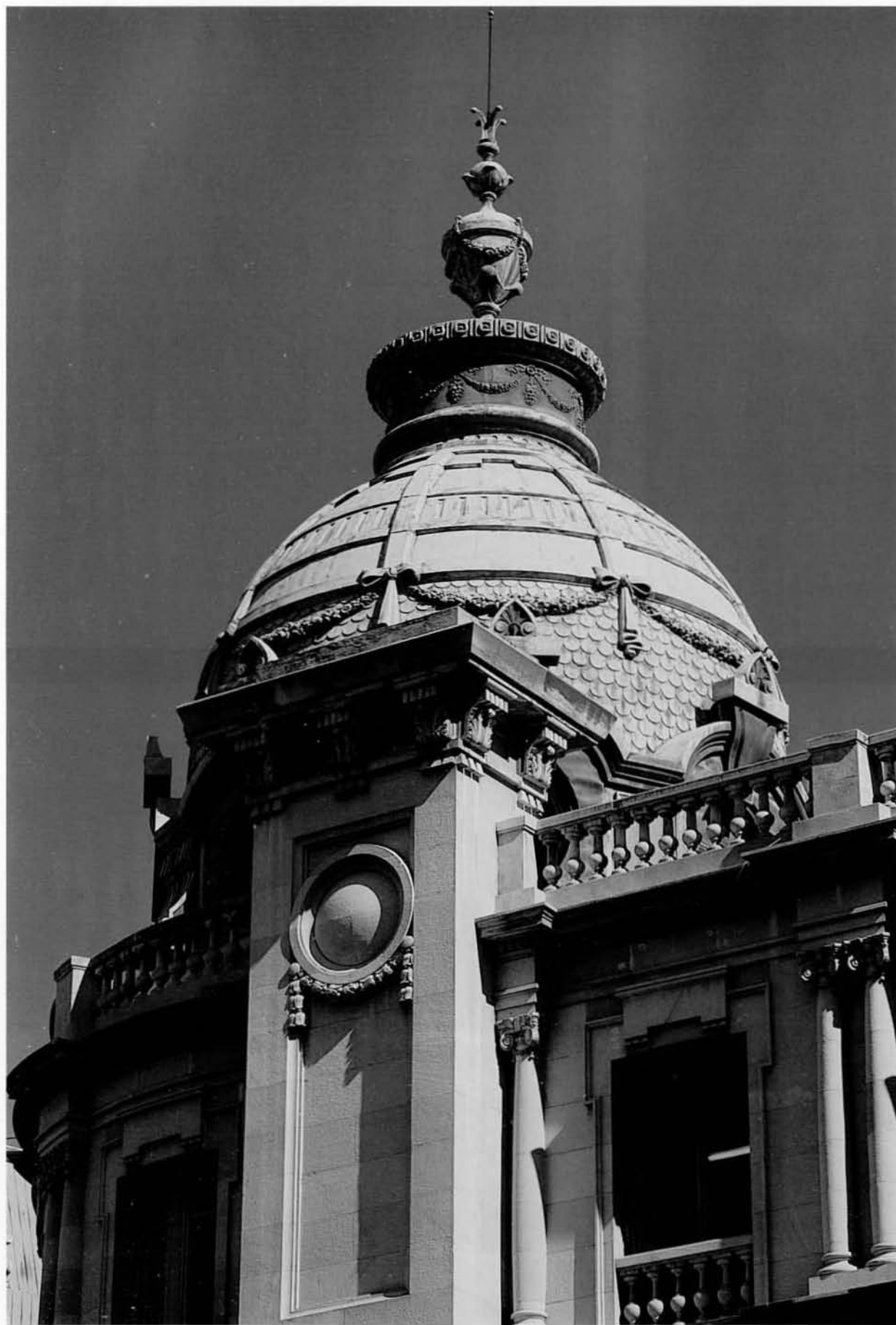
TRAS LA REMODELACIÓN del Barrio de Pescadores y compitiendo en protagonismo con el mismo Consistorio, en la plaza del Ayuntamiento, se levantó la Casa de Correos entre 1915 y 1922. Su proyecto fue el resultado de un concurso público (1914) cuyo jurado estuvo compuesto por los arquitectos Luis Landecho, Vicente Rodríguez, Francisco Almenar, Federico Aymamí y Francisco Mora, estos tres últimos, comprometidos con los grandes proyectos y obras más representativas de la capital valenciana en el primer cuarto del siglo XX.

Dicho jurado otorgó el primer premio al joven arquitecto aragonés Miguel Navarro Pérez, quien inició sus estudios en Barcelona si bien se tituló en la Escuela de Arquitectura de Madrid, en 1911. La primera piedra se colocó, en medio de un gran ceremonial cívico-religioso, el 11 de noviembre de 1915, siguiendo las obras un ritmo lento hasta que se dieron por concluidas el 31 de diciembre de 1922. A su inauguración oficial, el 14 de mayo de 1923, asistió el rey Alfonso XIII.

El aspecto exterior es magnífico dentro del ecléctico lenguaje de esos años, poniendo especial énfasis en los remates cupuliformes de los extremos de la fachada, así como en la desaparecida torreta metálica del telégrafo, a cuyos pies un reloj marca la hora. El arquitecto, explicando el estilo elegido para el edificio, dice en la memoria del proyecto que la obra pertenecía a un "estilo universal o Renacimiento modernizado", representando un "verdadero resurgimiento de los estilos clásicos". Todo ello obedece, en realidad, a una desenfadada composición en la que se mezclan elementos clasicistas, como la columnata jónica de la fachada principal, con otros de procedencia matizadamente francesa, aunque todo perfectamente integrado. Esto mismo ocurre en el interior, donde el gran hall de planta oval y montera de hierro con excelente vidriera de la casa Maumejean, da lugar a un espacio de gran amplitud y luminosidad, cuyo tono monumental lo mantiene la magnífica columnata de mármol que lo envuelve. Los grupos escultóricos de la fachada con los cinco continentes, y las alegorías con un navío y una locomotora se deben a Carlos Palao y Víctor Hino.









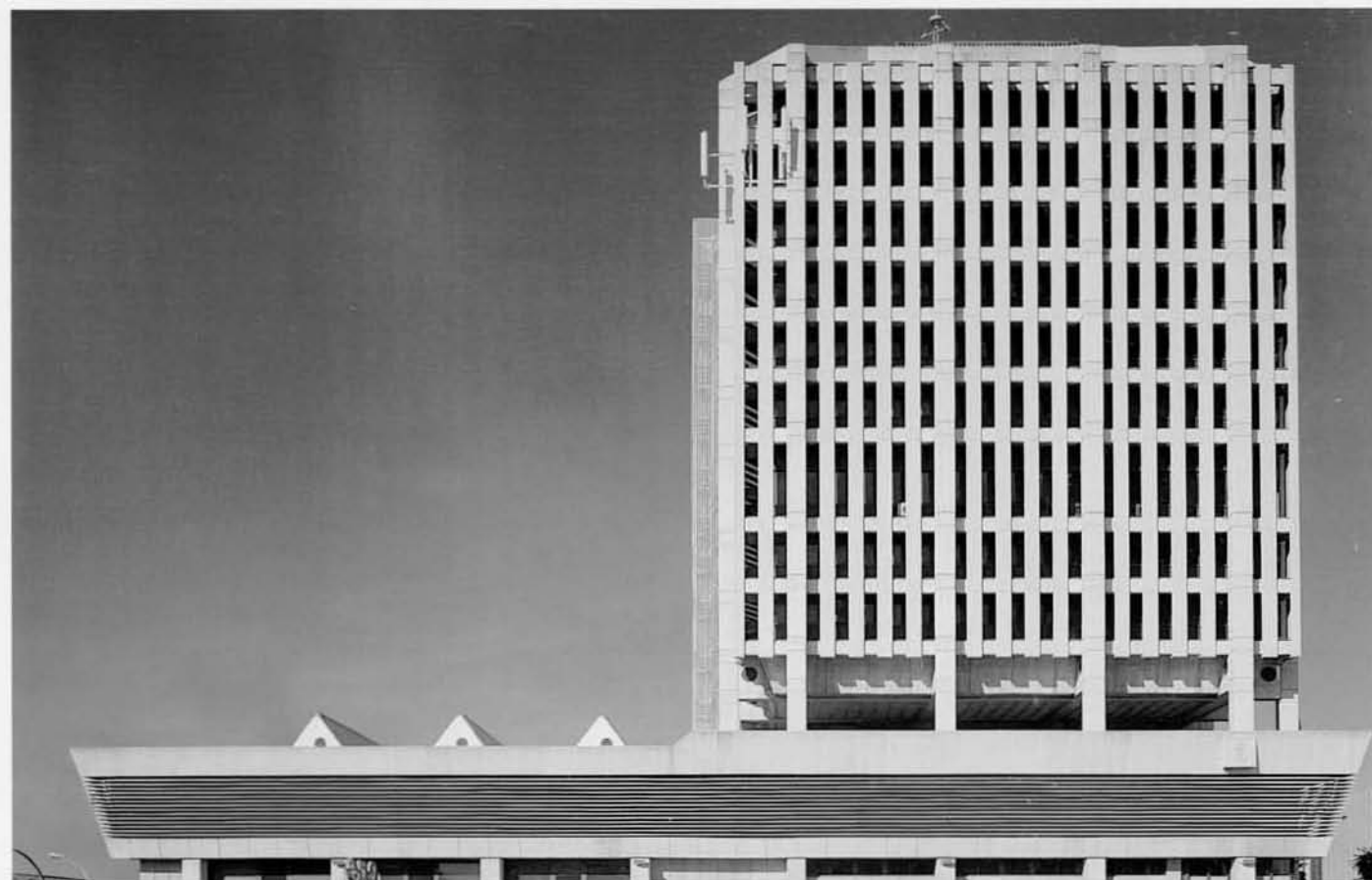


## MÁLAGA

CORREOS SE IDENTIFICA en Málaga con dos edificios muy distintos, pues por una parte aún subsiste la sede del Paseo del Parque que data de la primera generación de casas postales, y de otro lado, la ciudad hoy se enorgullece de poseer una de las más modernas sedes de Correos de nuestro país. La historia de Correos y Málaga comienza con las oficinas abiertas en un viejo inmueble frente al lado norte de la catedral para trasladarse, en 1923, al nuevo edificio. Este fue resultado del concurso de 1915, aprobándose en 1916 el proyecto presentado por Teodoro Anasagasti y Algán, arquitecto titulado en la Escuela de Madrid, en 1906. Las obras se adjudicaron en 1917 y seis años más tarde se inauguraba. Aunque hoy el edificio está desafectado, guarda todas las resonancias del espíritu pionero que animó a esta primera promoción de edificios de Correos, en los que el historicismo y el regionalismo, tuvieron sus fachadas y detalles.

En 1986 se abandonaba esta sede, situada en un lugar privilegiado entre la Aduana y el Banco de España, en la misma acera que el inmediato Ayuntamiento, para trasladarse a un edificio de doce plantas en la avenida de Andalucía, cuya imagen arquitectónica nada tiene ya que ver con el lugar ni la historia, al igual que los servicios prestados entonces distan mucho de los que ahora son necesarios en el edificio de Comunicaciones y Caja Postal, de los arquitectos Luis González Cruz y Juan Salabert Sancho (1980). Dos tiempos distintos, dos arquitecturas diferentes. Sobre un basamento general emerge la torre con su uniforme ventanaje que, tras los elementos prefabricados de hormigón, esconde el alma metálica de su estructura. La blancura de su geometría, bajo el azul marino del celaje malagueño, así como las cuidadas sombras que proyectan sus elementos, hacen de esta obra un edificio ciertamente singular.









## ÁVILA

LA PRIMERA UBICACIÓN pensada para el nuevo Edificio de Correos y Telégrafos, fue el solar inmediato a la muralla del derribado Alcázar para el cual, los arquitectos Miguel de los Santos y José María Ledesma, hicieron en 1930 un primer proyecto muy interesante. En él se conjugaba la masa pétrea de su arquitectura y el aspecto sobriamente torreado de sus ángulos, todo muy contenido, con algunas concesiones historicistas como el alfiz sobre la portada principal de largas dovelas.

Sin embargo, habría que esperar un tiempo hasta que se iniciaran las obras en otro solar igualmente significativo, como era el que ocupó el palacio episcopal de Ávila, cedido por el Ministerio de Gobernación en 1932. De este gran solar, conocido en la ciudad como Palacio Viejo o del Rey Niño, en el que restaban algunos vestigios como el Episcopio, una portada y ventana en ángulo del siglo XVI, se segregó una parcela en la que se construyó, entre 1948 y 1955, la actual Casa de Correos y Telégrafos. Desechado el proyecto anterior se encargó uno nuevo al arquitecto Luis Lozano Losilla, perteneciente a la Dirección General de Correos y autor de otros edificios de estos años como el de Santa Cruz de Tenerife.

Lozano limpió el solar para el edificio de nueva planta, si bien aprovechó parte de la cantería del palacio renacentista, así como la bella ventana en ángulo tocada con episcopal escudo, situando ésta algo más alta de lo que estaba originalmente en la esquina de la calle del Tostado con la plaza de la catedral. La fachada resulta muy anodina en su composición y huecos, a pesar del esfuerzo hecho por el arquitecto por dotarla de una portada monumental que quiere parecerse a la bella serie de portadas renacentistas que guarda tras sus murallas la ciudad. Pero el resultado sólo se quedó a mitad de camino en un gesto fallidamente historicista, a cuya debilidad contribuye la frontera vecindad de la catedral y del palacio de Velada.













## CIUDAD RODRIGO

EL SERVICIO DE CORREOS ocupa desde 1944 un viejo palacio, de los muchos que componen el noble caserío de la capital mirobrigense, el palacio de los Vázquez, que data de comienzos del siglo XVI. Se trata de una casa blasonada renacentista, con reminiscencias góticas todavía, como dejan ver la embocadura y alfiz de su puerta, así como el balcón principal, ambos en una curiosa solución en esquina.

No obstante, el aspecto actual del edificio se debe a la importante reforma que, en 1923, hizo el maestro de obras Manuel García Ferreira por encargo de sus propietarios, don Manuel Sánchez-Arjona y Velasco, que fue alcalde de la ciudad, y doña María Bernaldo de Quirós y Bustillo, quienes lo habitaron hasta 1929.

Si bien el exterior es de sobria y monocroma arquitectura, el interior, por el contrario, refleja un vitalismo cromático de primer orden debido a la presencia de arrimaderos cerámicos de origen hispalense. En efecto, desde los talleres sevillanos de la Viuda de Tova Villalva llegaron hasta Ciudad Rodrigo estos ricos revestimientos cerámicos, fechados en 1923, donde se mezclan formas de origen musulmán, con temas góticos y tardomodernistas, todo dentro de una ecléctica visión de lo que es la forma y el color. Junto a motivos meramente ornamentales, de carácter vegetal, se incluyen escenas pictóricas de caza y pasajes del Quijote, no faltando todo un acompañamiento heráldico de los apellidos de los propietarios, los cuales se repiten también en cuantas vidrieras y hierros van alhajando la casa. Bajo uno de sus artesonados se llega a leer: "Antes que Dios fuera Dios y los peñascos peñascos, los Quirós eran Quirós y los Velasco Velasco, así como "Después de Dios la casa de Quirós".



















## SEVILLA

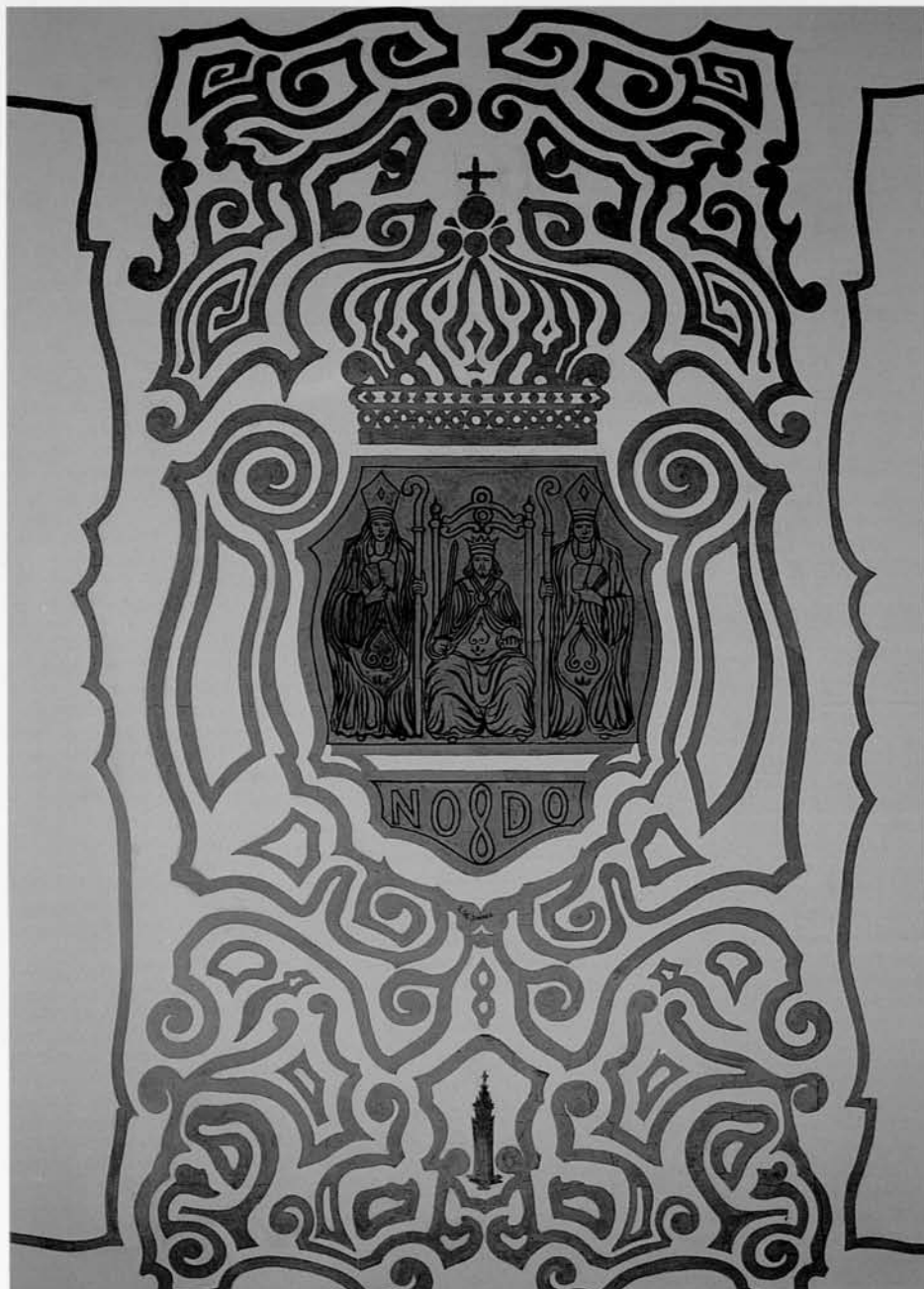
EN UN LUGAR ABSOLUTAMENTE privilegiado, como es el tramo de la actual avenida de la Constitución, frente a la catedral y a la Lonja –hoy Archivo de Indias–, se levantó entre 1927 y 1930 un espectacular edificio que tomaba el relevo al que, hasta entonces, albergó los servicios de Correos en la calle de San Acasio. Este era un interesante convento del siglo XVII, de religiosos agustinos, que desamortizado durante la permanencia de José Bonaparte en Sevilla, había conocido diferentes destinos a lo largo del siglo XIX, incluido el de oficina principal de Correos y Telégrafos. A raíz de una visita de Alfonso XIII a aquel hermoso conjunto, se encargó al arquitecto Luis María Cabello Lapiedra su rehabilitación, en 1911, llevándola a cabo de modo ejemplar y con respeto absoluto hacia la vieja arquitectura.

Sin embargo, la ciudad se preparaba por entonces para la gran Exposición Ibero-Americana (1929), y a este clima obedece el traslado de Correos a un solar de primer orden en la zona más representativa de la ciudad, el del viejo Alfolí de la Sal, que el Ayuntamiento cedió al Ministerio de Gobernación para la nueva sede de Correos. El proyecto lo hicieron, una vez más, Joaquín Otamendi y Luis Lozano, dotando al edificio de un carácter barroquizante pero con muchas molduras, detalles y ornamentos Art-Déco, del máximo interés. El eje de la fachada principal resulta espectacular y monumental, de tal modo que para el no avisado podría pasar por una obra de tiempos pretéritos, por el modo de tratar el triple hueco de entrada o por la labra del formidable escudo que tiene encima.

No menos sorprendente resulta el gran patio central, de dos pisos, con arcos sobre columnas en donde tradición y modernidad conviven de modo admirable, creando una secuencia espacial realmente grata e inesperada. Una escalera en rincón de claustro comunica estas dos alturas principales. Durante las obras de rehabilitación llevadas a cabo entre 1988 y 1992, se repuso la gran vidriera del patio, que actúa como vestíbulo público, poniendo cuidado también en la recuperación de la bella serie de rejas que en otro tiempo guarnecían el edificio.











## LOGROÑO

LA CASA DE CORREOS de Logroño responde a una composición rigurosamente equilibrada y simétrica, que se expresa estilísticamente en términos neobarrocos. Sin embargo, esta concesión a la historia afecta tan sólo a la piel del edificio, donde las molduras y embocaduras de los huecos de la planta principal recogen la insistente morosidad ornamental de otras obras barrocas. Pero más allá de esta máscara subyace una bien ordenada arquitectura que aspira a cierta imagen de moderna funcionalidad, la cual procede tanto del proyecto original como de la posterior dirección de la obra.

Ello nos conduce a resumir el dilatado proceso de construcción, partiendo de la cesión del solar resultante tras el derribo de la iglesia del convento de San Agustín, en 1918, que dio nombre a la plaza actual en que se levanta el edificio de Correos y Telégrafos. Para entonces ya se había convocado el concurso de anteproyectos entre arquitectos españoles, siendo distinguido para pasar a la segunda fase el presentado por Cayo Redón Tapir, arquitecto desde 1914 y futuro catedrático de Cálculo de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y por Rafael Pérez Valdés. No obstante, parece que el concurso quedó desierto en su fase final, si bien debió de quedar el proyecto mencionado que, con el tiempo, se encargaría de ejecutar el arquitecto riojano Agapito del Valle, titulado en la Escuela de Madrid en 1922, y colaborador en el estudio madrileño de Cayo Redón entre 1922 y 1924. Habiéndose instalado este último en Logroño, pronto recibiría el encargo de dirigir las obras de la Casa de Correos (1927) hasta su inauguración en 1932.

Como otros muchos edificios de su generación, el de Logroño se ciñe a una manzana exenta, permitiendo de este modo diversificar los accesos desde la fachada principal para el público, hasta la posterior para acoger al muelle de descarga, pasando por las fachadas laterales, por donde el personal adscrito al edificio tenía acceso a las viviendas.







## GRANADA

LA PRIMERA CASA DE Correos junto a la de Telégrafos estuvo en la calle de Reyes Católicos, en un solar desaparecido al abrir la plaza de Isabel la Católica. Son los años de las grandes reformas interiores de la ciudad que afectan al embovedado del río Darro, a la Manigua Baja y a la plaza de Puerta Real, donde se alzaría la nueva Casa de Correos. Allí ocupa la proa de una nueva manzana surgida de la remodelación de toda esta zona (1941), para la que los arquitectos Joaquín Otamendi y Luis Lozano Losilla hicieron el proyecto del edificio actual que empezó a construirse en 1944. Pronto surgieron problemas con la cimentación pues las arenas del río Darro que por allí pasa en busca del Genil, retrasaron varios años esta primera e importante fase. Resueltos los problemas, la nueva sede se inauguraba oficialmente el 13 de junio de 1958.

Las tres fachadas del edificio están tratadas con el énfasis propio de la arquitectura oficial de los años 50, donde un clasicismo basado en tirantes pilastras que descansan en un importante cuerpo basamental con un ático como coronación, coincidiría con la fría y disciplinada expresión de los edificios institucionales de aquellos momentos. El empleo de la piedra, de cortantes perfiles en su despiece y molduras, contribuye al carácter monumental del edificio que enfatiza su fachada principal con la adición de otros volúmenes en lo alto, según habían hecho los mismos arquitectos en otros edificios de Correos por aquellas fechas.









